

Parecerá que nos hemos alejado del tema: las órdenes religiosas al servicio de la educación, hoy. Aun así, nuestro caminar ha sido como el de aquellos dos jóvenes idealistas judíos que preguntaron una vez a un hombre cerca del Jordán: «Maestro, ¿dónde vives?»; e invitados a *ir y ver*, emplearon sus vidas en la ida y la visión. Cristo es nuestro mañana, el Único triunfante y glorificado que comenzó en el ayer de Belén, Nazaret, Jerusalén, el Calvario y la colina de la resurrección. El es nuestro *hoy* en los corazones de los cientos de millones de hermanos y hermanas nuestras. A El dirigimos a los hombres que investigan las razones y se preguntan por el sentido de cuanto ven, a los que suspiran por un amor amigo, a los que desean emplear su tiempo provechosamente. Todas las exigencias de nuestra renovación nosotros las aceptamos con un amor confiado para que cuando nuestro mañana surja de nuestro ayer, El pueda ser el eterno Hoy para todos los miembros de nuestra familia humana.

## LA EDUCACION ES OBRA

### DE COLABORACION

*El P. Arrupe ha prestado en sus actuaciones públicas especial atención a los Antiguos Alumnos de la Compañía, como a grupo de singular eficacia con que la Compañía ha de contar en toda la amplitud de su apostolado.*

*Al celebrarse en México el VI Congreso Iberoamericano de los A.A. A.A. les envió desde Roma en cinta magnetofónica el texto que va a continuación y que fue «pronunciado» el 10 de diciembre de 1971.*

*Es de notar el acento puesto por el P. General sobre la equitativa participación de los Colegios en los presupuestos nacionales para superar toda discriminación social procedente de la situación económica de las familias. (N. de los Eds.)*

Ya que no me es posible hallarme hoy presente en medio de ustedes, como lo hubiera deseado, quiero al menos enviarles unas pocas palabras de saludo, de las que hago portador al P. John E. Blewett, mi Delegado especial en ese Congreso.

Al Dr. Javier Pérez de Salazar, Presidente de la Federación Mexicana y responsable de la preparación del Congreso, a todos sus colaboradores y a cuantos Antiguos Alumnos han podido hacerse presentes, así como a los jesuitas que van a tomar parte en las Reuniones, y de modo especial al Dr. Antonio José Uribe Portocarrero, Presidente de la Unión Mundial, vaya mi fervido saludo y mis augurios de un fecundo trabajo durante los días del Congreso y después de él.

El tema que han escogido ustedes para su Congreso: «Educación y miseria» no deja de parecer, a primera vista, un tanto extraño. Pero, a considerarlo bien, entre ambos conceptos, educación y miseria, se da una íntima relación. Donde hay miseria, no hay ni puede haber educación; donde hay educación, desaparece poco

a poco la miseria. La educación es un elemento necesario para la verdadera solución de la miseria.

Es un hecho que la miseria se halla extendida por todo el mundo y una gran parte de la humanidad es víctima de ella. La miseria es un mal que hay que combatir, porque lleva consigo la privación de los derechos humanos más indispensables. Es un deber de cada hombre ayudar en el esfuerzo universal de liberar a sus semejantes de ese mal. Problema difícil, en el que juegan elementos tan diversos de orden político, social, estructural, moral, económico, etc. Ni es fácil que los marginados o los «miserables» puedan salir por sí mismos del estado en que se encuentran, ya que no poseen los medios ni las posibilidades para la capacitación necesaria.

Aunque es verdad que se puede y se debe ayudar a salir de tan dolorosa situación por medios externos que conduzcan a crear un nuevo estado de cosas, toda labor sería, en gran parte, estéril si no se llega a obtener que el verdadero factor o creador del cambio sea el mismo que se encuentra hoy oprimido por la miseria. Es él quien tiene que aprender a ayudarse a sí mismo. ¡Cuántos esfuerzos resultan inútiles por falta de colaboración de los mismos a quienes se quiere ayudar!

¿Qué puede hacer la Compañía para contribuir a la solución de tan grave problema?

Estamos convencidos de que sólo una educación progresiva y orgánica logrará transformar la existencia triste, paralizada y estéril del marginado en una vida gozosa, emprendedora y fecunda. La educación manifiesta las cualidades y despierta las iniciativas, haciendo al hombre consciente de la propia dignidad y de los propios deberes y derechos. No sólo ayuda a superar la propia impotencia y debilidad, sino que despierta en el hombre nuevas energías de progreso y superación.

Eduquemos al marginado y al pobre y él será el primer motor de su propia promoción.

El problema de la educación es, bien lo sabemos, un complicado problema mundial, pero su magnitud y complejidad no deben impedir que con todo realismo nos enfrentemos con él, procurando cada cual, en la medida de sus fuerzas, contribuir a su solución. Sin perdernos en discusiones prolongadas, ni querer refugiarnos en dialécticas que distraigan nuestra atención, concentremos con la mayor precisión posible qué debemos hacer nosotros personalmente, y qué podemos procurar que haga a su vez el Estado en el campo de la educación.

### Los Colegios de la Compañía.

Mucho tendría que decirnos acerca de nuestras propias obras de educación y de los ideales de la Compañía en este punto, pero una de nuestras principales preocupaciones ha de ser que los Colegios de la Compañía estén abiertos a todos, no sean discriminatorios. Si lo fueren, tienen que irse transformando rápidamente hacia la no discriminación. La Compañía está decidida a hacer el mayor esfuerzo para que sus Colegios se abran a todos los grupos sociales.

Cada Colegio de la Compañía debe ser un centro de irradiación espiritual, evangélica y social, y una verdadera comunidad de padres de familia, maestros, jesuitas y alumnos, al servicio de la comunidad humana, especialmente de los más necesitados. Sin disminuir el interés natural de los padres de familia por la educación de los hijos, debe prevalecer el deseo de un servicio cristiano al mundo. De modo que, aunque ya no tengan a sus hijos en el colegio, los padres de familia procuren seguir ayudando a mantener el colegio en servicio de la comunidad humana.

Pero este ideal es imposible de realizar sin una colaboración de muchas personas que se persuadan de la importancia de su esfuerzo y sin el apoyo del Gobierno, que distribuya equitativamente sus ayudas a la enseñanza privada. «En el seno de una Patria común, dice Pablo VI, todos deben ser iguales ante las leyes, tener iguales posibilidades en la vida económica, cultural, cívica, y beneficiarse de una equitativa distribución de la riqueza» (OA n. 17).

Si un Estado no cuenta en su presupuesto nacional con la cantidad necesaria para cubrir los gastos de la educación, no por eso podrá eludir su plena responsabilidad educacional. Lo único que ello indicaría es que ese Estado tiene que reexaminar su presupuesto, mejorar la tributación proporcionalmente a los ingresos de los ciudadanos y aumentar en lo posible el presupuesto educacional a costa de cualquier sacrificio. Es más importante vencer en la competencia de formar hombres, que no en la de hacer o acumular armas para su destrucción, o en la de hacer gastos con el afán de imitar standars de vida aún inasequibles.

Se logrará abrir los Colegios de la Compañía a todos los grupos sociales en la medida en que los padres de familia sientan su responsabilidad y acepten, por ejemplo, el sistema de pensiones diferenciadas, y los alumnos, una vez salidos del Colegio, lo sigan ayudando; en la medida, repito, en que se logre que los Gobiernos ayuden justamente. Si esto no se consiguiera, con pena tendería la Compañía que transformar radicalmente su sistema de enseñanza. En este sentido el momento actual para los Colegios privados es de vida o muerte.

El problema económico de la educación privada es demasiado urgente para que no procuremos ponerle remedio pronto: o los convertimos en colegios cada vez más exclusivos para clases muy adineradas, lo cual no podemos admitir, o nos veremos obligados a cerrar

muchos de nuestros colegios. La Compañía no quiere cerrar colegios, los estima hoy más que nunca, pero tienen que ser colegios que cumplan su función humana y social, formando en los alumnos una convencida mentalidad social y haciéndoles conscientes de la necesidad de los cambios sociales.

### Nuevos caminos de educación.

No es sólo el problema de los colegios actuales lo que debe atraer nuestra atención. Sobre la base de las numerosas comunidades humanas, que se van formando ante todo en los conglomerados urbanos, se debe pensar en la creación de nuevos centros educacionales, para cuyo sostenimiento se puedan obtener ayudas sustanciales de los presupuestos nacionales de educación o de otras posibles fuentes de financiamiento, que permitan la afluencia indiscriminada de los varios grupos sociales.

Hemos de convencernos de que la educación de todos los hombres, aun de los más desposeídos y marginados, es responsabilidad de toda la sociedad, es decir, de todos y cada uno de nosotros, pues nos hallamos ante la exigencia de uno de los derechos humanos primordiales del hombre y ante la triste realidad de que una gran parte de la humanidad no goza todavía de este derecho.

La escuela, por lo tanto, no basta. El grave problema educacional de los países subdesarrollados exige que se creen otras formas no escolares, que den educación a adultos y a niños, es decir, a cuantos no alcanzan a tener un lugar en las aulas de ninguna escuela o colegio. Las investigaciones enderezadas a progresar en métodos pedagógicos y a adaptar nuestras instituciones al mundo moderno, requieren una importante colabora-

ción de todos nosotros, dado el alto costo del financiamiento de la misma investigación y de las experiencias que necesariamente deben hacerse.

Los horizontes de la educación se irán ampliando notablemente en un futuro muy próximo, a causa del extraordinario progreso de los medios televisivos. Ellos nos obliga a prestar especial atención a estas nuevas perspectivas educacionales y a colaborar activamente en ese campo, con el fin de que la orientación, el contenido y el alcance de dichas posibilidades educacionales tengan en cuenta los valores humanos y morales de nuestra civilización cristiana.

Tenemos que hacernos «voz» de los «sin voz», estudiando para ello las situaciones en que ellos se encuentran, y sabiendo representarles en donde ellos no pueden ser oídos; y tratando, sobre todo, de «darles voz» y plataforma por medio de la educación y de una sana concientización.

Tenemos que trabajar por la transformación de la mentalidad en la sociedad, llevando tanto a los poderosos como a la clase media, que influye tanto en este campo, primero a la comprensión perfecta de los problemas de la miseria y después a la indispensable «mentalidad» interior, que es condición necesaria de las soluciones justas y estables en todos los órdenes, estructural, político y social.

Si los adinerados de la sociedad latinoamericana no se interesan, a una con los Estados de los diferentes países, por la solución de los graves problemas educativos de sus países, no harán sino favorecer irremediablemente el clima de crisis moral, religiosa, social y política. Todo cristiano que se descuenta de las graves desigualdades educativas de los hombres de hoy, ha olvidado el verdadero sentido de la llamada que el Evangelio hace a su conciencia.

### Tarea de los Antiguos Alumnos.

Deben ser los Antiguos Alumnos de la Compañía de Jesús los primeros en ayudar a todos a llegar a esta «mentalidad» sincera, que conduzca a la acción. Ellos, con su propio testimonio de vida, dentro del medio familiar, en la respectiva profesión, en la acción pública, deben ser fermento de mentalización para los demás.

Ante todo por el ejemplo de su propia conversión y viviendo una fe que se traduzca en obras, al decir del Apóstol Santiago: «Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del diario sustento y alguno de vosotros les dice: ¡Id en paz, calentaos y hartaos, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirven las palabras? Así también la fe, si no tiene obras. Porque así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así la fe sin obras está muerta» (Sant 2, 12, 26).

Es necesario asumir nuestra responsabilidad hasta las últimas consecuencias, al decir del mismo Apóstol: «Aquel que sabe hacer el bien y no lo hace, comete pecado» (ib. 4, 12); y comprender que muchas veces nos puede faltar, no sólo una mentalidad social, sino que puede llegar a traicionarnos algo más profundo en nosotros, que es nuestro propio egoísmo.

Complemento a la educación recibida en los Colegios de la Compañía, no dejemos nunca de aprender y mantengámonos en la actitud constante de receptibilidad interior hasta nuestra muerte. Sea nuestro mayor empeño aprender a aprender, conservarnos en la disposición abierta de nuestra juventud de docilidad interior a la voz del Espíritu que nos habla. Y así nuestro ejemplo individual, familiar, profesional, de ciudadanos arrastrará a otros a hacer el bien y conseguirá que mu-

chos otros sientan también el clamor de los pobres y de los miserables: «Mirad, dice el Apóstol Santiago, el salario que no habéis pagado a los obreros que segaron vuestra mies, está gritando y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos» (ib. 5, 4-5). Ojalá seamos nosotros, cristianos, los que, oyendo ese clamor, nos apresuremos en nombre del Señor a poner remedio y a buscar solución a la miseria de nuestros hermanos.

Vendrá después la posibilidad de la activa colaboración, bien sea con las obras y trabajos apostólicos de la Compañía de Jesús, bien sea con otras obras que no son de la Compañía, sino iniciativas propias de los Ex-alumnos. No exigimos que ellos se circunscriban a lo que puede emprender o desarrollar la Compañía; al contrario, nos alegraremos de verles emprender propios caminos de acción y de apostolado.

Por último, queda siempre abierto para los Ex-alumnos — y con especial responsabilidad muchas veces — el aspecto del trabajo internacional. Hay hoy problemas muy complicados en todo el mundo, a los cuales los Ex-alumnos se deben aplicar seriamente, ya que de ellos depende muchas veces en gran parte la solución definitiva de los problemas locales. Esto supone y ofrece ocasión de una seria y constante comunicación y coordinación internacional, que no podrá hacerse de no existir, local y regionalmente, grupos eficaces que logren comunicarse entre sí y coordinarse en sus ideas y en sus acciones.

Con estas palabras, de esperanza en la acción de Dios y de confianza en los demás hombres de buena voluntad, quiero acabar.

Ojalá en ese VI Congreso Interamericano que se va a celebrar en estos días en México, se convirtieran en

realidad las palabras del mismo Pablo VI en el documento citado: «No basta recordar los principios, afirmar las intenciones, poner de relieve las flagrantes injusticias y profertir denuncias proféticas: estas palabras serían varias, concluye el Papa, a no ser que cada uno tome conciencia en serio de su propia responsabilidad y de una acción eficaz» (ib. n. 48).